

si queremos contentar á los del mundo, que no se sufre decirlas; por no me alargar, ni aun sabría.

24. Hay otras almas (y con esto acabo) que si vais advirtiendo, entenderéis en ellas muchas muestras, por donde se vé que comienzan á aprovechar, pero quedanse en mitad del camino; á las cuales tampoco se les dá mucho de los dichos de los hombres, ni de la honra; mas no están ejercitadas en la mortificación, y en negar su propia voluntad, y así parece que no les sale el mundo del cuerpo; y aunque parece que están puestos en sufrirlo todo, y ya están santas, mas en negocios graves de honra del Señor, toraan á recibir la suya, y dejan la de Dios. Ellos no lo entienden, ni les parece que temen ya al mundo, sino á Dios, y temen lo que puede acaecer, y que una obra virtuosa sea principio de mucho mal, que parece que el demonio se lo enseña: mil años antes profetizan lo que ha de venir.

25. No son estas almas de las que harán lo que san Pedro, que fué echarse en la mar, ni lo que otros muchos santos hicieron, que arriesgaron la quietud, y vida por las almas. En su sosiego quieren estas allegar almas al Señor; mas no poniéndose en peligros, ni la fe en estos obra mucho, porque siempre siguen sus determinaciones. Una cosa he notado, que pocos vemos en el mundo (fuera de religion) fiar de Dios su mantenimiento: solas dos personas conozco, que sean tan confiadas. Que en la religion ya saben que no les ha de faltar; aunque quien entra de veras por solo Dios, creo no se le acordará desto: ¿mas cuántos habrá, hijas, que no dejáran lo que tenían, si no fuera con la seguridad que hay en ello? Y porque en otras partes en que os he dado avisos, he hablado mucho en estas almas pusilánimes, y dicho el daño que les hace, y el gran bien que es tener grandes deseos, ya que no puedan ser grandes las obras, no digo mas destas; aunque nunca me cansaria. Pues las llega el Señor á tan grande estado, sirvanle con ello, y no se arrinconen, que aunque sean religiosos, si no pueden aprovechar á los prójimos (en especial mujeres) con determinaciones grandes, y vivos deseos de las almas, terná fuerza su oracion, y aun por ventura querrá el Señor que en vida, ó en muerte aprovechen, como hace ahora el santo fray Diego, que era lego, y no hacía mas que servir, y despues de tantos años muerto, resucita el Señor su memoria, para que nos sea ejemplo. Alabemos á su Majestad.

26. Así que, hijas mías, si el Señor os ha traído á este estado, poco os falta para la amistad, y paz que pide la Esposa: no dejéis de pedirla con lágrimas muy continas, y deseos: haced lo que pudiéredes de vuestra parte, para que nos la dé; porque se sabe, que no es esta la

paz, y amistad que pide la Esposa: aunque hace harta merced el Señor á quien llega á este estado, porque será con haberle ocupado en mucha oracion, penitencia, humildad, y otras muchas virtudes. Sea siempre alabado el Señor, que todo lo dá. Amen.

CAPITULO III.

De la verdadera paz, amor de Dios, y union con Cristo, que nace de la oracion unitiva, y llama la Esposa beso de la boca de Dios.

Béseme con el beso de su boca.

¶ 1. O santa Esposa, vengamos á lo que vos pedís, que es aquella santa paz, que hace aventurar al alma á ponerse en guerra con todos los del mundo, quedándose ella con toda seguridad, y pacífica. ¡O qué dicha tan grande será alcanzar esta merced! Pues es juntarse el alma con la voluntad de Dios, de manera que no hay division entre él, y ella, sino que sea una mesma voluntad, no por palabra, no por solos deseos, sino puestos por obra; de manera que entendiendo que sirve mas á su Esposo en alguna cosa, haya tanto amor, y deseo de contentarle, que no escuche las razones que le dará el entendimiento de la contraria, ni escuche los temores que le pondrá, sino que deje obrar á la fe, de manera que no mire provecho, ni descanso, sino acabe ya de entender que en esto está todo su provecho.

2. Pareceros há, hijas, que esto no vá bien, pues es tan loable cosa hacer las cosas con discrecion: habeis de mirar un punto, que es entender que el Señor (á lo que vos podeis entender, que de cierto no se puede saber) ha oido vuestra peticion, *de besáros con beso de su boca*. Que si esto conoceis por los efectos, no hay que detenernos en nada, sino olvidaros de vos, por contentar á tan dulce Esposo.

3. Su Majestad se dá á sentir á los que gozan desta merced con muchas muestras. Una es, despreciar todas las cosas de la tierra, y estimarlas en tan poco como ellas son, y no querer bien suyo, porque ya tiene entendido su vanidad: no se alegrar sino con los que aman á su Señor: cansarle la vida: tener á las riquezas en la estima que ellas merecen, y cosas semejantes: esto es lo que les enseña el que las puso en semejante estado. Llegada aquí el alma, no tiene que temer, sino es no haber de merecer que Dios se quiera servir della en darla trabajos, y ocasiones para que pueda servirle, aunque sea muy á su costa. Así que aquí, como he dicho, obra el amor, y la fe, y no se quiere aprovechar el alma de lo que la enseña el entendimiento. Porque esta union que

entre el Esposo, y la Esposa hay, la ha enseñado otras cosas, que el entendimiento no alcanza, traerle debajo de los pies.

4. Pongamos una comparación para que lo entendamos. Está un cautivo en tierra de moros, este tiene un padre pobre, ó un grande amigo, y si este no le rescata, no tiene remedio; y para haberle de rescatar, no basta lo que tiene, sino que ha de ir él á servir por el cautivo. El grande amor que le tiene, pide que quiera mas la libertad de su amigo, que la suya; mas luego viene la discreción con muchas razones: y dice, que mas obligado está á sí, y que podrá ser que tenga él menos fortaleza que el otro, y que le hagan dejar la fe, y que no es bien ponerse en este peligro, y otras muchas cosas.

5. ¡O amor fuerte de Dios! ¡Y cómo no le parece que ha de haber cosa imposible á quien ama! Dichosa alma la que ha llegado á alcanzar esta paz de su Dios, que este Señor da sobre todos los trabajos, y peligros del mundo, que ninguno teme para no servir á tan buen Esposo, y Señor, ni vá con razones como las que tiene este pariente, ó amigo que hemos dicho.

6. Ya habeis leído, hijas, de un san Paulino obispo, y confesor, y que no por hijo, ni por amigo, sino porque debia de haber llegado á esta ventura tan buena de que le hubiese nuestro Señor dado esta paz, y por contentar á su Majestad, é imitarle en algo de lo mucho que hizo por nosotros, se fué á tierra de moros á trocar por un hijo de una viuda, que vino á él fatigada, y habeis leído qué bien le sucedió, y con la ganancia que vino.

7. Ahora en nuestros tiempos conocí yo una persona, y vosotras la visteis, que me vino á ver á mí, que la movia el Señor con tan gran caridad, que le costó hartas lágrimas el poderse ir á trocar por un cautivo. El lo trató conmigo, (era de los Descalzos del padre fray Pedro de Alcántara) y despues de muchas importunaciones, recaudó licencia de su general, y estando cuatro leguas de Argel, que iba á cumplir su buen deseo, le llevó Dios consigo. Y á buen seguro que llevó buen premio. Pues qué de discretos habia, que le decian, que era disbarate. A los que no llegamos á amar tanto á nuestro Señor así nos parece. ¿Y qué mayor disbarate, que acabárenos este sueño desta vida con tanto seso? Y plega á Dios que merezcamos entrar en el cielo, cuanto mas ser destos que tanto se adelantaron en amar á Dios.

8. Ya yo veo es menester grande ayuda suya para cosas semejantes; y por esto os aconsejo, hijas, que siempre con la Esposa pidais esta paz tan regalada, porque así señoreais todos estos temoreillos del mundo, y con todo sosiego, y quietud le dais bateria. ¿No está claro, que

á quien Dios hiciere merced tan grande de juntarse con su alma en tanta amistad, que la ha de dejar bien rica de bienes suyos? Porque cierto estas cosas no pueden ser nuestras, sino el pedir, y el desear nos haga esta merced, y aun esto con su ayuda: que en lo demás, ¿qué ha de poder un gusano, pues que el pecado le tiene tan acobardado, y miserable, que todas las virtudes imaginamos tasadamente con nuestro bajo natural? ¿Pues qué remedio, hijas? Pedir con la Esposa: *Bésemel Señor, etc.*

9. Si una labradorcilla se casase con el rey, y tuviese hijos, ¿ya aquellos hijos no quedan de sangre real? Pues si á un alma hace nuestro Señor tanta merced, que tan sin division se junta con ella, ¿qué deseos, qué efectos, qué hijos de obras heroicas podrán nacer de allí, si no quedare por su culpa?

10. Por cierto que pienso, que si nos llegásemos al santísimo Sacramento con gran fe, y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricos, ¿cuanto mas de tantas? Sino que no parece sino cumplimiento el llegarnos á él, y así nos hace tan poco fruto. ¡O miserable mundo, que así tienes atapados los ojos de los que viven en tí, para que no vean los tesoros con que podrian granjear riquezas perpetuas! ¡O Señor del cielo, y de la tierra! ¿Qué es posible que aun estando en esta vida mortal, se pueda gozar de vos con particular amistad? ¿Y qué tan á las claras lo diga el Espiritu Santo en estas palabras, y que aun no lo queramos entender, que son los regalos con que trata su Majestad con las almas en estos Cánticos? ¿Qué requiebros, qué suavidades? Que habia de bastar una palabra destas á deshacernos en vos. Seais bendito, Señor, que por vuestra parte no perderemos nada. ¡Qué de caminos, por qué de maneras, y modos nos mostrais el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada dia injurias, y perdonando: y no solo con esto, sino con unas palabras heridoras para el alma que os ama, que le dais en estos Cánticos, y le enseñais que os diga, que no sé como se pueden sufrir, si vos no ayudais, para que lo sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme á nuestra flaqueza. Pues, Señor mio, no os pido otra cosa en esta vida, sino que me *beseis con el beso de vuestra boca*, y que sea de manera, que aunque yo me quiera apartar desta amistad, y union, no pueda. Esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad á no salir de la vuestra, que no haya cosa que me impida. Pueda yo decir, Dios mio, y gloria mia, que *son mejores vuestros pechos, y mas sabrosos que el vino.*

CAPITULO IV.

Del amor de Dios dulce, suave, y deleitoso, que nace del morar Dios en el alma en la oracion de quietud, significada en esta palabra: *Pechos de Dios.*

Mas valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muy buenos olores.

1. ¡O hijas mías, qué secretos tan grandes hay en estas palabras! Démoslo nuestro Señor á sentir, que harto mal se puede decir. Cuando su Majestad quiere por su misericordia cumplir esta peticion á la Esposa, es una amistad que comienza á tratar con el alma, que solas las que lo experimentais, lo entenderéis. Como digo, mucho della tengo escrito en dos libros (que si el Señor es servido, vereis despues que me muera) y muy menuda, y largamente, porque creo que los habreis menester, y así aquí no haré mas que tocarlo; no sé si acertaré por las mismas palabras que allí quiso el Señor declararlas.

2. Juntase una suavidad en lo interior del alma tan grande, que se dá bien á sentir está nuestro Señor bien vecino della.

3. No es esta una devocion que hay, que mueve á muchas lágrimas. Porque estas, aunque causan ternura, cuando se llora, ó por la Pasion del Señor, ó por nuestro pecado, no es tan grande como esta oracion de que hablo, que llamo yo de quietud, por el sosiego que hace en todas las potencias, que parece la persona tiene á Dios muy á su voluntad. Verdad es: algunas veces se siente de otro modo, cuando no está el alma tan engolfada; pero en esta suavidad parece que todo el hombre interior, y exterior se conforta, como si le echasen en los tuétanos del alma una uncion suavísima, á manera de un gran olor: como si entrásemos en una parte de presto donde le hubiese grande, no de una cosa sola, sino de muchas, ni sabemos qué es, ni de donde sale aquel olor, sino que nos penetra todas. Así parece que este amor suavísimo de nuestro Dios se entra en el alma con tan gran suavidad, que la contenta, y satisface, y no puede entender qué sea.

4. Esto es lo que dice aquí la Esposa á mi propósito: *Mejores son tus pechos, que dán de sí olor, como los unguentos muy buenos.*

5. Y no entiende cómo, ni por donde entra aquel bien, que querría no perderle: querría no menearse, ni aun mirar, porque no se le fuese. Y porque á donde he dicho escribo lo que el alma ha de hacer aquí, para aprovecharnos, y esto no es sino para daros á entender algo de lo que voy tratando, no quiero alargarme mas de decir, que en esta amistad ya el Señor muestra al alma, que la quiere tener tan particular con ella, que no haya cosa partida entre entrambos. Y aquí se le comunican gran-

des verdades; porque es esta luz tal, que la deslumbra, para no poder ella entender lo que les luz, y la hace ver, y entender la vanidad del mundo, aunque no vé bien el maestro que la enseña; pero entiende claro que está con ella: mas queda tan bien enseñada, y con tan grandes efectos, y fortaleza en las virtudes, que no se conoce despues, ni querría hacer, ni decir otra cosa, sino alabar al Señor; y está, cuando está en este gozo, tan embebida, y absorta, que no parece que está en sí, sino con una manera de borrachez divina, que no sabe lo que quiere, ni qué pide. En fin, no sabe de sí, mas no está tan fuera de sí, que no entienda algo de lo que pasa.

6. Verdad es, que cuando este Esposo riquísimo las quiere enriquecer, y regalar mas, conviértelas tanto en sí, que como una persona, que el gran placer, y contento la desmaya, le parece al alma se queda suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada á aquel divino costado, y aquellos pechos divinos, y no sabe mas de gozar, sustentada con aquella leche divina con que la vá criando su Esposo, y mejorándola para poderla regalar, y que merezca cada día mas.

7. Cuando despierta de aquel sueño, y de aquella embriaguez celestial, queda como espantada, y embobada, y con un santo desatino, que me parece á mí que puede decir estas palabras: *Mejores son tus pechos que el vino.* Porque cuando estaba en aquella borrachez, pareciale que no habia mas que subir; mas cuando se vió en mas alto grado, y toda empapada en aquella inmensa grandeza de Dios, que se vé quedar mas sustentada, delicadamente lo comparó á los pechos, y así dice: *Mejores son tus pechos que el vino.* Porque así como un niño no entiende como crece, ni sabe como mama, que aun sin buscar él la teta, ni hacer nada, muchas veces le ponen el pezon dentro de la boca; así es aquí, que totalmente el alma no sabe de sí, ni si hace nada, ni sabe cómo, ni por donde, ni lo puede entender, le vino aquel bien tan grande.

8. Sabed que es el mayor que en la vida se puede gustar, aunque se junten todos los deleites, y gustos del mundo. Vése criada, y mejorada, sin saber cuando lo mereció; enseñada á grandes verdades, sin ver el Maestro que la enseñó; fortalecida en las virtudes, regalada de quien tan bien lo sabe, y puede hacer: no sabe á qué lo comparar, sino al regalo de la madre, que ama mucho al hijo, y le cria, y regala.

9. O hijas mías, déos nuestro Señor á entender, ó por mejor decir, á gustar (que de otra manera no se puede entender) cual es el gozo del alma cuando está así. Allá se avengan los del mundo con sus riquezas, y señorios, y con sus deleites, y con sus honras, y sus manjares, que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que traen consigo (lo cual es im-

posible) no llegará en mil años al contento que en un momento tiene un alma, á quien el Señor llega aquí. Si san Pablo dice, que no son dignos todos los trabajos del mundo para la gloria que esperamos: yo digo, que no son dignos, ni pueden merecer una hora desta satisfacción, que aquí dá Dios al alma, y ningun gozo, y deleite tiene comparacion con ellos, á mi parecer, ni se puede merecer un regalo tan regalado de nuestro Señor, y una unioa tan unida, un amor que tanto dá á entender, y gustar las bajezas de las cosas del mundo. ¡Donosos son sus trabajos para compararlos con esto! Que si no son pasados por Dios, no valen nada; y si lo son, su Majestad los dá aun medidos con nuestras fuerzas, que de miserables, y pusilánimes, los tenemos tanto.

40. ¡O cristianos! ¡O hijas mias! Despertemos ya, por amor del Señor, deste sueño del mundo, y miremos, que aun no nos guarda para la otra vida el premio de amarle, que en esta comienza la paga. ¡O Jesús mio! ¡Quién pudiese dar á entender la ganancia que hay en arrojarnos en los brazos deste nuestro Señor, y hacer un concierto con su Majestad, que yo para mi anado, y mi amado para mí; y mire el por mis cosas, y yo por las suyas! Y no nos queramos tanto, que nos saquemos los ojos, como dicen. Y torno á decir, Dios mio, y á suplicaros por la sangre de vuestro Hijo, que me hagais esta merced, que alcance que me bese con el beso de su boca, y dadme vuestros pechos, que sin vos, ¿que soy yo, Señor? Si no estoy junto á vos, ¿qué valgo? Si me desvío un poquito de vuestra Majestad, ¿á dónde voy á parar? O Señor mio, y misericordia mia, y bien mio, y ¿qué mejor le quiero en esta vida yo, que estar tan junta á vos, que no haya division entre vos, y mí? Con esta compañía ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por vos, teniéndoos tan junto? ¿Qué hay que agradecerme, Señor, sino culparme muy mucho por lo que no os sirvo? Y así os suplico con san Agustín, con toda determinacion, que me deis lo que mandáredes, y mandadme lo que quisierdes, y no volveré las espaldas jamás con vuestro favor, y ayuda.

CAPITULO V.

Del amor firme, seguro, y de asiento, que nace de verse el alma amparada de la sombra de la Divinidad, y de ordinario la suele Dios dar á los que han perseverado en su amor, y padecido trabajos por él, y del fruto grande que deste amor viene.

Asénteme á la sombra del que deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta.

1. Ahora preguntemos á la Esposa, y sepamos desta bendita alma, llegada á esta boca divina, y sustentada á estos pechos celestiales (para

que sepamos si el Señor nos llega alguna vez á tan gran merced) ¿qué hemos de hacer? ¿O cómo hemos de estar? ¿Qué hemos de decir? Lo que nos dice es: *Asénteme á la sombra de aquel á quien deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta. Metiéndome el rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad. Dice: Asénteme á la sombra del que habia deseado.*

2. ¡O váleme Dios, qué metida está esta alma, y abrasada en el mismo sol! Dice que se asentó á la sombra del que habia deseado. Aquí le llama Sol, y le llama Arbol, ó Manzano, y dice que es la fruta dulce para su garganta. ¡O almas que tenéis oracion, gustad de todas estas palabras! ¿De qué manera podemos considerar á nuestro Señor? ¿Qué diferencia de manjares podemos hacer dél? Es maná, que sabe conforme á lo que queremos que sepa. ¡O qué sombra esta tan celestial, y quien supiera decir lo que desto le dá á entender el Señor! Acuérdomme cuando el ángel dijo á la Virgen sacratísima nuestra Señora: *La virtud del Altísimo te hará sombra.* ¿Qué amparada se debe ver un alma, cuando el Señor la pone en esta grandeza! Con razon se puede asentar, y asegurar.

3. Y ahora notad, que por la mayor parte, y casi siempre, si no es alguna persona, á quien quiere nuestro Señor hacer algun señalado llamamiento, como hizo á san Pablo, que le puso luego en la cumbre de la contemplación, y se le apareció, y habló de manera, que quedó bien ensalzado, desde luego no dá Dios estos regalos tan subidos; ni hace tan grandes mercedes, sino á personas que han mucho trabajado en su servicio, y deseado su amor, y procurado disponerse, para que sean agradables á su Majestad en todas sus cosas, y cansadas en grandes años de las cosas del mundo, que estas tales se asientan en la verdad; no buscan en otra parte su consuelo, sosiego, ni descanso, sino á donde entienden que con verdad le pueden tener: pónense debajo del amparo del Señor, no quieren otro.

4. ¡Y qué bien hacen de fiarse de su Majestad, que así como lo han deseado, lo cumple! ¡Y qué venturosa es el alma, que merece llegar á estar debajo de su sombra! Aun para cosas que se pueden acá ver, que para lo que el alma puede entender, es otra cosa, segun he entendido muchas veces. Parece que estando el alma en el deleite que queda dicho, se siente estar toda engolfada, y amparada con una sombra, y manera de nube de la Divinidad, de donde vienen influencias, y rocío tan deleitoso, que bien, y con razon quita el cansancio, que le han dado las cosas del mundo.

5. Entonces siente una manera de descanso, que aun la cansa el ha-

ber de resollar; y tiene las potencias tan sosegadas, y quietas, que aun un pensamiento, aunque sea bueno, no le querría admitir la voluntad, ni le admite por vía de inquirirle, ni procurarle. No há menester menear la mano, ni levantarse (digo la consideración) para nada, porque cortado, y guisado, y aun comido le dá el Señor la fruta del manzano á que le compara su amada, y así dice, *que su fruto es dulce para su garganta.*

6. Porque aquí todo es gustar sin ningun trabajo de las potencias, y esta sombra de la Divinidad, que bien se dice sombra, porque con claridad no la podemos acá ver, sino debajo desta nube, hasta que el sol resplandeciente envíe por medio del amor una noticia, de que está tanto su Majestad, que no se puede decir, ni es posible. Sé yo, que quien hubiere pasado por ello entenderá cuan verdaderamente se puede dar aquí este sentido á estas palabras, que dice la Esposa.

7. Paréceme á mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma, y Dios, y es el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender el fuego soberano, que tan cerca está. ¡O Señor, qué son aquí las misericordias que usais con el alma! Seais bendito, y alabado para siempre, que tan buen amador sois. ¡O Dios mio, y Criador mio! ¿Es posible que hay alguien que no os ame? Porque no merece conocer. Como baja sus ramas este divino Manzano, para que coja el alma las manzanas, considerando sus grandezas, y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea, y gocé del fruto que sacó Jesucristo nuestro Señor de su Pasion, regando este árbol con su sangre preciosa, con tan admirable amor.

CAPITULO VI.

Del amor fuerte de suspension, y arrobamientos. En el qual pareciendo al alma que no hace nada (sin entender cómo, ni de que manera) la ordena Dios la caridad, dándole virtudes heroicas con aprovechamiento grande de su espíritu.

Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad.

1. Antes de ahora dice el alma que gozaba del mantenimiento de los pechos divinos, como principiante en recibir estas mercedes, y la sustentaba el Esposo: ahora vá ya mas crecida, y vála mas habilitando para darla mas: mantíenela con manzanas, quiere que vaya entendiendo lo que está obligada á servir, y padecer. Y aun no se contenta con solo esto (cosa maravillosa, y de mirar mucho) que cuando el Señor entiende que un alma es toda suya, y que le sirve sin otro interés, ni cosas que la muevan para sí sola, sino por quien es su Dios, y por el amor

que Dios la tiene nunca cesa de comunicarse con ella, de tantas maneras, y modos, como el que es la misma Sabiduría. Parecia que no habia mas que dar que el beso en la paz, y lo que queda dicho de la sombra, que es muy mas subida merced, aunque queda mal dicho, porque no he hecho sino apuntarlo.

2. En el libro que os dije, hijas, lo hallareis con mucha mas claridad, si el Señor es servido que salga á luz. ¿Pues qué no podremos ya desear mas? ¡O váleme Dios, y qué nonada son nuestros deseos para llegar á vuestras grandezas, Señor! ¡Qué bajos quedaríamos, si conforme á nuestro pedir fuese vuestro dar! Ahora miremos lo que dice adelante desto la Esposa: *Metióme el Rey en la bodega del vino.*

3. Pues estando ya la Esposa descansando debajo de sombra tan deseada (y con tanta razon) ¿qué le queda que desear á un alma que llega aquí, sino es que no le falte aquel bien para siempre? A ella no le parece que hay mas que desear, mas á nuestro Rey sacratisimo fáltale mucho por dar: nunca querría hacer otra cosa, si hallase á quien. Y como he dicho, y querría decir muchas veces, y deseo, hijas, que nunca se os olvide, no se contenta el Señor con darnos tan poco como son nuestros deseos: yo lo he visto acá en algunas cosas, que comienza uno á pedir al Señor, que le dé en que merezca, y como padezca algo por él, no yendo su intento á mas de lo que le parece sus fuerzas alcanzan (como su Majestad las puede hacer crecer) en pago de aquello poquito que se determinó por él, le dá tantos trabajos, y persecuciones, y enfermedades, que el pobre hombre no sabe de sí. A mi mesma me ha acaecido en tiempo de harta mocedad, y decir algunas veces: ¡O Señor, que no querría yo tanto! Mas daba su Majestad de tal manera la fuerza, y la paciencia, que ahora me espanto, como lo podia sufrir; y no trocaría aquellos trabajos por todos los tesoros del mundo.

4. Dice la Esposa: *Metióme el Rey en la bodega del vino.* ¡O cuánto hinche aquí esté nombre Rey poderoso, y ver que no tiene superior, ni se acabará su reinar! Y el alma cuando está así, á buen seguro que no la falta mucho para conocer la grandeza deste Rey, que tan bien asegura todo lo que es posible en esta vida mortal.

5. Dice: *Metióme en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad.* Entiendo yo de aquí, que es grande la grandeza desta merced. Porque así como se puede dar á beber de un vino mas, ó menos, y de un vino bueno, y otro mejor, y embriagar, y emborrachar á uno mas, ó menos: así es en estas mercedes del Señor, que á uno dá poco vino de devoción, á otro mas, á otro crece de manera, que le comienza á sacar de sí, y de su sensualidad, y de todas las cosas de la tierra, á otros dá

fervor grande en su servicio, á otros dá ímpetus, á otros gran caridad con los prójimos: de manera, que en esto andan tan embebidos, que no sienten los trabajos grandes que aquí pasan: mas lo que dice la Esposa es mucho junto: *meterla en la bodega*, para que allí mas sin tasa pueda salir rica.

6. No parece que el Rey quiere dejarla de dar nada, sino que beba, y coma conforme á su deseo, y se embriague bien, bebiendo de todos esos vinos que hay en la bodega de Dios, y gocé desos gozos. Admírese de sus grandezas: no tema perder la vida, ó de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su naturaleza: muérase en ese paraíso de deleites. ¡Bienaventurada tal muerte, que así hace vivir! Y verdaderamente así lo hace; porque son tan grandes las maravillas que el alma entiende, que queda tan fuera de sí, como ella mesma lo dice en decir: *Ordenó en mí la caridad*.

7. ¡O palabras que nunca se habian de olvidar al alma, á quien nuestro Señor regala! ¡O soberana merced, y que no se puede merecer, si el Señor no dá gran caudal para ello!

8. Bien es verdad, que aun para amar no se halla despierta; mas bienaventurado sueño, dichosa embriaguez, que hace suplir al Esposo lo que el alma no puede, que es dar orden maravillosa, para que estando todas las potencias muertas, ó dormidas, quede el amor vivo; y que sin entender como obra, ordene el Señor que obre tan maravillosamente, que esté hecha una cosa con el mismo Señor del amor, que es Dios, con una limpieza grande, porque no hay nadie que lo estorbe, ni sentidos, ni entendimiento, ni memoria tampoco; la voluntad sola se entiende.

9. Pensaba yo ahora, si hay alguna diferencia entre la voluntad, y el amor. Y paréceme que sí, no sé si es boberia: paréceme que es el amor como una saeta que envía la voluntad, la cual, si vá con toda la fuerza que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleada en solo Dios, muy de verdad debe herir á su Majestad: de suerte, que metida en el mismo Dios, que es amor, torna de allí con grandísimas ganancias, como diré; y es así, que informada de algunas personas, á quien ha llegado nuestro Señor á tan gran merced en la oracion, que los llega á este embebecimiento santo con un suspension, que aunque en lo exterior se vé que no están en sí, preguntados lo que sienten, en ninguna manera lo saben decir, ni supieron, ni pudieron entender como obra allí el amor.

10. Entiéndense bien las grandísimas ganancias que saca el alma de allí por los efetos, y por las virtudes, y viva fe que le queda, y el desprecio del mundo. Mas como se le dieron estos bienes, y lo que el alma

goza aquí ninguna cosa se entiende, sino es al principio cuando comienza, que es grandísima la suavidad. Así que está claro ser lo que dice la Esposa, porque la suavidad de Dios suple aquí por el alma, y él ordena como gane tan grandísimas mercedes en aquel tiempo.

11. Pero puede haber duda, si estando tan fuera de sí, y tan absorta, que ninguna cosa parece que puede obrar por el ejercicio de las potencias, ¿cómo puede merecer? Y por otra parte parece que no es posible que la haga Dios merced tan grande, para que pierda el tiempo, y no gane nada mereciendo en él, no es de creer. ¡O secretos divinos! Aquí no hay mas de rendir nuestro entendimiento, y pensar que para entender las grandezas de Dios, no vale nada. Aquí viene bien el acordarnos, como lo hizo la Virgen nuestra Señora con toda la sabiduría que tuvo, y como preguntó al ángel: *¿Cómo será esto?* Y en diciéndola: *El Espíritu Santo sobrevendrá en tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra*, no curó de mas disputar: y como quien tenia gran fe, y sabiduría, entendió luego, que interviniendo estas dos cosas, no habia mas que saber, ni dudar. No como algunos letrados, que no les lleva el Señor por este modo de oracion, ni tienen principio dél, que quieren llevar las cosas por tanta razon, y tan medidas por sus entendimientos, que no parece sino que con sus letras han de comprender todas las grandezas de Dios. ¡O si deprendiesen algo de la humildad de la Virgen sacratísima!

12. ¡O Señora mia, qué al cabal se puede entender por vos lo que pasa Dios con la Esposa! Conforme á lo que dice en los Cánticos: Y así podeis, hijas, ver en el Oficio que rezamos de nuestra Señora cada semana, lo mucho que está dello en las Antifonas, y Lecciones. En otras almas podralo entender cada una, como nuestro Señor se lo quisiere dar á entender, que muy claro podrá ver si ha llegado á recibir algo destas mercedes, semejantes á esto que dice la Esposa: *Ordenó en mí la caridad*.

13. Pero declaremos ahora, como estando las almas en aquella embriaguez, y sueño, las ordena Dios la caridad, pues que no saben á donde estuvieron, ni como con regalo tan subido contentaron al Señor, ni qué se hicieron, pues no le daban gracias por ello. O alma amada de Dios, no te fatigues, que cuando su Majestad te llega aquí, y te habla tan regaladamente, como verás con muchas palabras que dice en los Cánticos á la Esposa, como cuando le dice: *Toda eres hermosa, amiga mia*; y otras muchas, en que muestra el contento que tiene della: de creer es, que no consentirá que le descontente á tal tiempo, sino que la ayudará á lo que ella no supiere para contentarse della mas. Véla perdida, y de sí enagenada por amarle, y que la mesma fuerza del amor